

**M.<sup>a</sup> José García Rodríguez, *Teoría de la parodia*, prólogo  
de José M.<sup>a</sup> Pozuelo Yvancos, Madrid, Visor, 2020, 220 páginas  
ISBN: 978-84-9895-245-2**

**Carmen M.<sup>a</sup> Pujante Segura  
Universidad de Murcia**

La teoría, la literaria en este caso, ha vuelto, si es que alguna vez se fue o se mitigó o se murió, tal como algunos cantos «posteóricos» han venido sentenciando desde los años 80 del siglo XX a esta parte. Así lo demuestra el estudio titulado *Teoría de la parodia* y firmado por M.<sup>a</sup> José García Rodríguez, cuya madurez científica, a sus años (que no son otros que los de la juventud investigadora), es patente e igualmente reseñable. En tanto que teoría (redundando en su raíz etimológica), se logra proyectar en ese reciente libro una mirada o visión que no es, sin embargo, reductora o parcial, sino que, con la distancia de la reflexión y la lucidez, consigue abrir una panorámica holística para la parodia. Gracias a ello estamos ante un estudio transversal o hasta multidisciplinar pues, de hecho, trasciende las prácticas artísticas y discursivas así como los códigos lingüísticos, filosóficos o histórico-artísticos, y, con ello, conceptos anclados como el de género literario e incluso la propia idea teleológica de la historia, además de las diversas corrientes teórico-críticas del último siglo, siendo estos algunos de sus principales puntos fuertes.

Así, García Rodríguez asume la teoría de la parodia desde varias perspectivas teóricas o, si se prefiere, afronta la Teoría desde las teorías, diversas pero por ello divergentes. En efecto, en sí mismo este estudio demuestra y confirma inteligentemente que el formalismo y el estructuralismo no nacieron para acabar siendo una «cárcel del lenguaje» (por usar la expresión de Jameson), ni que la crisis de la literariedad ocasionada por ideas como las de la pragmática literaria supusiera la muerte de la recién nacida teoría de la literatura, ni que la semiótica o la estética de la recepción devinieran en un aperturismo descontrolado o relativista, ni tampoco que las réplicas y contrarréplicas en los debates en torno al canon desembocaran en un divorcio irresoluble entre literatura y no literatura, entre academia/universidad y sociedad, e incluso entre teoría y no teoría (¿la de los estudios culturales, neohistoricistas, poscoloniales, feministas...?). Sí, más allá del siglo XX se puede seguir teorizando y, sí, más allá de los primeros pasos del siglo XXI, en la

(siempre entre interrogantes) posmodernidad, en la que lo que es o no risible ha vuelto a mutar, la parodia ha de ser repensada, reformulada, revisitada.

Para asumir tan «épica» empresa la investigadora parte de un preámbulo seguido de dos calas anticipatorias: una, en la que sitúa la teoría de la parodia en la disyuntiva entre el todo y la nada de tal concepto, o más concretamente, «entre la vaguedad del todo y la insuficiencia de la división»; y otra, en la que afronta la parodia desde una revisión de la literariedad misma (ella habla de una «triple» revisión, si bien se podría decir que supera lo cuantificable). Tras estas sólidas premisas, divide el estudio en dos grandes bloques. El primero está reservado a explicar los estadios (y nótese que se habla de «estadios», que no períodos), a saber, los de la parodia premoderna, la moderna y la posmoderna; tras esta panorámica transhistórica incluye otra cala para asentar una idea clave, la de que la parodia es un (in)consciente juego literario con el signo. El segundo bloque está dedicado a explicar el uso paródico del lenguaje a partir de tres propiedades: la hipertrofia, la lectura y la intencionalidad paródicas; tras esta caracterización, que es otra de las singulares aportaciones realizadas por este estudio, llega una última cala, la de la conclusión, en la que se nos pregunta «¿De qué hablamos cuando hablamos de parodia?» para responder de este modo condensadamente teórico: «Literariedad y textualidad y el doble pacto de transitividad y credulidad». Así lo explica: «En consecuencia, la parodia queda más acertadamente definida como *modo* de creación artística, que anida en el código y desestabiliza sus formas, funciones y significación, al generar una multiestabilidad discursiva que relativiza la elección particular (histórica) y que la re-construye a partir de su negación» (197).

Los ejemplos para la teoría expuesta se encuentran principalmente en el primer bloque del libro y van desde Aristófanes, pasando por Rabelais (y con él, el inexcusable Bajtín), hasta Eduardo Mendoza (cuya obra la autora conoce en profundidad). Como tales ejemplos, poseen un valor ilustrativo que, sin embargo, ciertamente no son agotados. Entre tantos otros autores contemporáneos, como el propio Mendoza, cabría pensar en Enrique Vila-Matas y, en particular, en uno de sus últimos textos, «Chet Baker piensa en su arte (ficción crítica)», donde el escritor llega a afirmar que «la forma es la parodia de la forma». Muchos y diversos ejemplos son convocados en este estudio, aunque, sin duda, este mismo estudio también continuará convocando otros tantos ejemplos con su publicación.

Aparte de estas modestas claves, el lector tiene a su disposición las que en el prólogo de este libro ofrece Pozuelo Yvancos, quien bien conoce y ha explicado en sus

muy numerosos trabajos los avatares de la panorámica teórica desde los inicios del siglo pasado hasta hoy. En su balance de la teoría literaria del siglo XX, publicado en aquel *Curso de teoría de la literatura* (1994) coordinado por Darío Villanueva, ya advertía de lo vano que resultaría trazar una evolución lineal o sucesiva en esa teoría ya que su perfil, tal como lo define, es «quebrado» pues ha experimentado vaivenes y recuperaciones. A principios del siglo XXI podemos corroborar, pues, que las diversas propuestas teóricas que siguieron a las formalistas-estructuralistas continúan reivindicándose y, también, conglomerándose en un sincretismo metodológico cuyas bondades han de explotarse hoy en detrimento de un supuesto purismo teórico (si es que la suma de perspectivas tuviera que traducirse necesariamente como una resta o merma científica).

Para salir airosa después de pisar tan movedizas arenas epistemológicas, García Rodríguez no puede no reflexionar y teorizar con determinación y seguridad, con la tesis en el horizonte, si es que el camino no lo ha trazado realmente en la dirección inversa: desde la meta del horizonte, desde la tesis o conclusión, se construye una sólida argumentación, en este caso, en torno a algo tan escurridizo como la parodia. Tales cualidades se aprecian igualmente en la comodidad con la que la estudiosa se desenvuelve en el manejo de conceptos teóricos complejos, familiaridad que, gracias a una fluidez y un orden buscados y encontrados, permite al lector el seguimiento del profundo razonamiento, incluso a sabiendas de que un lector de teoría de la parodia no podrá no ser una *rara avis* en el campo actual. Pero vendrán los lectores a la teoría, pues este es hoy, como García Rodríguez ha venido a demostrar, un oasis con vida. Larga vida a la teoría.